

## MAJETÓN

ÁNGEL CORDERO GONZÁLEZ

Kilométricas llanuras de cereal, moteadas por algún pinar. Mi pueblo, Ataquines, es uno de los miles de la España vaciada al que siempre tengo presente en mi corazón.

Reconozco que he tardado mucho en reencontrarme con él, y con los pocos conocidos que me quedan.

El otro día, después de más de treinta años, me asomé a sus calles. Entré en el bar “El viaje”, en el que mi padre y mi abuelo cantaban las cuarenta al tute. Allí encontré a su dueño, Paco, con el que hicimos un pequeño repaso de lo acontecido en estos años, mientras los tertulianos echaban la partida. “Cierro antes de Navidad porque no hay relevo generacional ni nadie que quiera meter tantas horas”, me dijo apenado.

Me acerqué hacia la casa de mis abuelos. Nada queda de ella salvo una tapia de ladrillos, tampoco están la fuente ni el caño donde bebía el burro de mi abuelo al volver de la huerta. Ni rastro de la lonja donde el alfarero pulía sus tinajas, ni del caserón en el que los niños veíamos en la tele “Bonanza” o las corridas de El Cordobés, ni de la casa derribada en la que se refugiaban los maletillas que querían tomar la alternativa en fiestas.

La sorpresa me esperaba cuando regresé al bar. Allí estaba mi primo Tinín, con el que pasé muchos veranos cazando pájaros, tirando piedras a las ranas o viendo moler trigo en la era. “¡Cuánto has tardado, majetón!, me abrazó emocionado.

## **DEL GRIS AL VERDE**

PEDRO MARÍA FERNANDEZ ZEBERIO

El color dominante en el pueblo donde yo nací era el gris. Gris de las humeantes chimeneas de la fundición Ajuria, situada en la parte alta del pueblo. Hasta allí las aguas del río Zirauntza, motor de la factoría, corrían libres y cristalinas, pero al paso por ella se tornaban grisáceas.

El que conocíamos como barrio de Arriba lo habitaban mayoritariamente obreros de la fábrica, que al ver pasar las teñidas aguas se reafirmaban en el convencimiento de que el gris imprimía carácter. Carácter marcado por la impronta del esfuerzo y la solidaridad.

Al ensancharse el valle y llegar al llano, las aguas del río Zirauntza parecían pararse para saludar al imponente palacio, que llamábamos “del amo”. Porque en mi pueblo todo era del amo, de Ajuria.

Sí, allí predominaba el gris. Gris de cielos plomizos y de llovizna que difuminaba el paisaje y mojaba nuestras vestimentas, todas de gris marengo. Gris que no desentonaba con los trajes negros de riguroso luto y alguna sotana en torno a la iglesia.

La iglesia de San Pedro, el ayuntamiento y el frontón conformaban el núcleo del pueblo. Aquí las construcciones eran más señoriales y en sus bajos se alojaban tiendas y bares que hacían latir la vida en el pueblo.

Para contemplar otros colores de la paleta cromática había que subir por la calle Andra Mari hasta su ermita, atalaya desde la que el gris daba paso al verde de prados y bosques que marcaban un horizonte de verde esperanza para todos nosotros.

## EL REENCUENTRO

CONCEPCIÓN GARCÍA LEÓN

Mi pueblo huele a mar, a salitre mediterráneo. A poco verde y mucha playa de arena gruesa y aguas profundas. Al Garbí, viento que refresca el ambiente del mediodía hasta la puesta de sol, que te empuja la espalda para ir hacia el Norte. A humedad que empapa tus huesos y se resiente en tu cuerpo, sobre todo en invierno. A mucho sol y pocas lluvias que, no pocas veces, descargan a borbotones llevándose lo que encuentran a su paso. A pocas casas antiguas que entre callejas defienden cual fortaleza su iglesia, donde las campanas resuenan a todas horas y plañen cuando la muerte se hace presente. A muchos pisos y hoteles que hace años se hicieron dueños de ese gran campo que fue la labor y sustento de mis abuelos y muchos otros; solo quedan algunas parcelas cultivadas cerca del Tordera, río subterráneo y frontera entre provincias, donde centenares de aves anidan en su protegido delta.

Ese es mi pueblo y allí crecí, sabiendo que ese pueblo no era para mí, a pesar de mi familia, mis amigos, mi pandilla... Allí donde algunos de mis anhelos quedaron anclados en las gruesas paredes de la casa de mis abuelos, de mi madre. Y al que vuelvo año tras año. Todavía tengo un sitio donde ir y reencontrarme con lo más importante... mi gente. Y en ese tiempo disfruto de ellos, de ese mar, ese viento y de esas campanas que descolocan mi sueño.

## VIVENCIAS DE JUVENTUD

JAVIER GOMEZ NANCLARES

Mi pueblo era parecido a casi todos los pueblos después de aquella guerra.

La iglesia, con el campanario chato por un cañonazo. La escuela, decorada con pupitres ortopédicos, y el cuartelillo de los Civiles.

Luego estaba don Tomás, el cura, que amaba a Franco sobre todas las cosas de la tierra. Don Julián, el maestro, del que contaban que era comunista porque un día lo vieron enfrascado en un libro de pastas rojas, y Cristóbal, el sargento de la Guardia Civil.

Por encima de todos se encontraba don Ezequiel; el cacique poseedor de las tierras, las casas y, en algún caso, de nuestras vidas.

El alcalde y el boticario no regresaron de la guerra.

La botica daba ahora cobijo al burro del Salustiano. Sí, Salustiano tenía un burro.

El ayuntamiento estaba en ruinas; daba igual, ya teníamos casino.

Mi pueblo tiene una cuesta – como todo pueblo que se precie-, que baja de la iglesia al río. En la cuesta hay un árbol y un banco de piedra junto a la fuente.

En esta historia no hay mujeres porque estaban en el lavadero, junto al río, lavando las vergüenzas del pueblo, o en los terruños, doblando el espinazo, mientras los hombres jugaban al dominó.

No se sabe cómo empezó todo. Pero don Ezequiel llamó al cura sinvergüenza. El cura, acalorado, le contestó: Todos los de bigotillo sois sarasas...

El cura, custodiado por el sargento, fue conducido al calabozo por insulto muy grave al Caudillo.

Cuando salí del pueblo seguía preso.

**NOVIEMBRE**

En una nube de amor, necesidades y esperanzas, sacó la cigüeña su pico que sujetaba un calcetín verde me depositó en una alcoba con luz artificial, así nací yo en 1947.

**DICIEMBRE**

Obligados por el clero, festejamos la navidad, después de la cena, con la luz apagada, a mi calcetín llegó el Olentzero.

**ENERO**

En Vitoria, nieve hielo y niebla parecen eternos, yo tengo mi cuna caliente, gracias a un ladrillo refractario envuelto en mi calcetín.

**FEBRERO**

El arco iris rodea nuestra casa, pero no se decide a entrar, sigue lloviendo.

**MARZO**

El Sol por fin nos hace un guiño, a ratitos se va derritiendo la nieve del Gorbea y ablanda el hielo de los corazones.

**ABRIL**

Mi calcetín se va llenando de juegos, recortables y cuentos, pero sobre todo rebosa amor

**MAYO**

Vamos a pasar un día al campo, en un carro tirado por un caballo blanco, volvemos con un gran ramo de margaritas blancas.

**JUNIO**

Atrás van quedando los miedos, los odios, las muertes obligadas, ya juego al corro, mi calcetín siempre va conmigo.

**JULIO**

Las cerezas cuelgan de las ramas, tal maravilla despierta todos mis sentidos.

**AGOSTO**

No hay vacaciones, pero sí fiestas en honor a mi ciudad, voy con mi familia a ver los fuegos artificiales, vuelvo a casa con un collar de estrellas.

**SEPTIEMBRE**

Empiezo la escuela, primera lección, aprender a rezar, segunda, cantar el cara al sol, tercera, leer y escribir, no entiendo nada, quiero irme a casa.

**OCTUBRE**

Soy adulta y no encuentro mi calcetín, cada día lo busco pero no recuerdo su color, cuando aparezca lo llenaré con las estrellas de mi collar y las repartiré entre los corazones que necesiten sentirse niños.

## LA VIDA ES UN PARÉNTESIS ENTRE NACER Y MORIR

MARIBEL PRIETO GALLEGO

Yo nací en un pueblo pequeño y hermoso, tanto como austero, donde se vivía de la agricultura.

La tierra era yerma y pedregosa, y la época en la que nací también fue convulsa, pues nací en 1948, en plena posguerra de la segunda guerra mundial, en un pueblo de cuyo nombre no me quiero olvidar.

Nací con prisa, yo por la vida he ido siempre con prisa, así que se me olvidó llorar y respirar, y mi madre me dio los primeros azotes en el culete, ocurrió en un pueblito pequeño de Zamora.

El cómico D. Miguel Gila decía que él nació solo y cuando vino su madre lo regañó y le dijo: que sea la última vez que naces solo eh?

¡Yo no! Estaba con mi madre, además nací dos veces, pues me trasplantaron como si fuera un geranio, casi niña, a un pueblo giputzi, Eibar. Me puse muy mustia, hasta que enraicé, eso es como volver a nacer.

Me siento eibarresa, porque no se es de donde se nace, se es de donde se pace.

En la época en que nací por primera vez las mujeres parían solas. No había atención sanitaria, y una cesárea en aquel lugar nunca fue una opción. El Dr. Fleming aún no había inventado la penicilina, y mucha gente moría por un “cólico miserere”, miserere que cantaba el cura en los funerales, hasta que se acababa la fila de los parroquianos, que era cuando el cura paraba de cantar. Un “miserere” costaba dos perras gordas y una perra chica era un real.

Será en esta ciudad blanca que tanto amo, donde haré este viaje de no retorno, al huerto de los callados, a ese lugar que es donde los muertos se quedan tan solos!

## LA CASA DE MI VIDA

GABRIEL SANCHEZ GONZALEZ

Convencido y con determinación, enfilo la carretera a mi pueblo.

¿Motivo? Gestionar la venta de la casa familiar, ahora, una carga económica y emocional.

Dos horas de viaje en reflexión permanente, ¿vender y olvidar, o no?

Abro la casa, un intenso olor a humedad me retrae. Reviso las habitaciones; en el salón, evoco la imagen de mi madre en la siesta. Los recuerdos surgen a borbotones. Contengo la emoción.

En la calle, camino de la gestoría, el sol dibuja sombras diferentes de los edificios decadentes que voy rememorando. Todo ha cambiado.

Hasta mi mente viajan las imágenes del patio de la escuela, los subjetivos relatos del maestro sobre la guerra civil, el obligado canto del “cara al sol” de los jueves...

Sigo evocando. Veo el hueco de la ventana de la tienda, desde la que vi por primera vez la televisión. Cierro los ojos y me veo junto a otros niños viendo al Capitán Tan, Valentina y Locomotoro.

Cerca ya de mi destino, mi viejo amigo Santiago me saluda con un abrazo. Compartimos un café durante el cual me “pone al día” sobre su vida y la de nuestro pueblo. Me apena conocer las decadencias de ambos.

Llego ya; gestor y comprador me entregan el borrador de la compraventa.

Nos emplazamos para una semana más tarde y retorno a casa. En la radio suena José Feliciano con su “Qué será”, que incontrolablemente desborda mi emoción contenida.

Dudo, serán mis herederos quienes decidan sobre la venta.